



José Gregorio Guerrero
Venezuela

Biografía:

José Gregorio Guerrero Ramírez nació un 25 de julio de 1972. Inició a escribir a la edad de doce años, cuando el Diario del Caribe le publica su primer cuento "Relatos del Guatapurí" la lectura se la inculcó su madre, y lo pulió el profesor Pedro Daza Mendoza en sus clases amenas de buena literatura. Columnista del diario El Pílon de Valledupar, y cronista del Espectador y del Diario Hoy del Magdalena. Ha participado en diferentes concursos literarios en Latinoamérica y Europa. Actualmente reside entre Colombia y Venezuela por cuestiones laborales. Se considera un buen colombiano que guarda una hermosa Venezuela por dentro. Está a punto de terminar de escribir su primera novela "El Ángel de Sevilla" autor de más de 60 cuentos, algunos inéditos, otros publicados en diferentes periódicos de Colombia. Escribir es su pasión; dice: "el hombre nunca olvida, simplemente aprende a vivir con los recuerdos" y son estos los que termina plasmando en el papel.

SEGUNDO LUGAR

Figuración Peláez, el hombre que olvidó morirse

Cansado de esperar la muerte a sus 102 años, Figuración Peláez decidió quitarse la vida irrevocablemente, de la manera más decente posible. Se hizo a toda la logística para que Macondo presenciara un velorio decoroso, sin nada que envidiarle a los de sus congéneres coterráneos ya idos: un féretro muy bien puesto (no quiso ataúd), de cedro cuidadosamente curado, tallado a mano, de figuras amorfas en diferentes relieves, con apliques y escudo en plata, tapizado en terciopelo morado en su interior, y con una almohada abullonada en su extremo superior para apoyar la cabeza, para allí mostrar por la ventanita el gesto de una muerte muy bien lograda; puso sobre su mesa de noche una media velada con un envoltorio en su interior, que guardaba doscientos pesos en billetes de a peso, y una hoja con un listado escrito a puño y letra del futuro difunto con los ítems de lo que haría falta para que fuese un sepelio de talla: misa oficiada por obispo, suficiente café del bueno, las flores, entre paréntesis: gardenias, musaendas, rosas rojas y blancas, y gladiolos; a parte en mayúscula sostenida: "un lote de cuarenta chivos para el novenario, tres plañideras de buen llanto y de buena estampa; y doscientas libras de pudín negro mojado en buen licor, preferiblemente amaretto" remataba la nota.

Lo único que faltaba por definir era el método a utilizar para terminar de una manera fulminante con una vida muy mal vivida; fue allí donde demandó más tiempo para la toma de la decisión. Lo consultó con la almohada varias noches y con su perro; descartó de tajo envenenarse debido a la úlcera péptica que padeció desde su desarrollo, le parecían horrosos esos dolores inclementes donde el pecho pierde su nombre;

- ahorcado, colgado de una soga ¡jamás!
- eso de morir con la lengua afuera mordida, como mofandola vida me parece un acto de desagradecimiento con ella - pensó en voz alta,
- de un tiro.... Si, perfecto, de un tiro sí. Así se ve más decente el asunto - pensó.

Se dirigió a su escaparate estacionado en una esquina de la habitación, esculcó y de allí sacó una funda blanca que



guardaba un revolver smit & Huesson calibre 38, cañón largo, niquelado, con una cacha ortopédica de carey, y una bala igual de brillante al arma; lo limpió con la misma funda, y con la misma parsimonia con que un coleccionista limpia su joya, entonces lo guardó en la gaveta de la mesa de noche junto a la bala, que tenía un orificio en el plomo, lleno de cianuro, para descartar los efectos de una mala puntería, por si el tiro no resultaba mortal,

- a ver si esta me mata, ya que el amor no pudo- expresó mirando el proyectil.

Era navidad, 24 de diciembre, el aire olía a ropa nueva y a juguetes guardados; esa fue la fecha escogida por él. El deceso sería al filo de las doce, después de cenar, para morir con tranquilidad - barriga llena corazón contento- pensó.

De sus labios floreció un rictus que serviría de cuenta regresiva a sus horas de vida.

Figuración había enviudado a los tres meses de casado y guardó su viudez como el mejor de los títulos nobiliarios que un mortal puede guardar. Se casó con Ernestina Ternera, chozna de Pilar, (la de "Gabo", la matrona de los Buendía) él vivió una vida sola, tirada a la ley del verbo, acompañado por él mismo y por un perro; en su soledad consentida llegó a descalificar a los hombres que morían rodeados de hijos

- hay que morir sin dejarle problemas a nadie- - quiero morirme como se muere mi pueblo, con el corazón lleno de fiesta- dijo en alguna ocasión.

Se vistió informal, una camisa de cuadros escoceses de tonos pálidos, de una tela muy suave y fresca; un pantalón de dril del color del cielo cuando quiere llover y no llueve; y unas botas negras de charol, que las había comprado veinte años atrás en un almacén de Caracas de propiedad de un italiano negociante. La mortaja la dejó tendida sobre la cama, era completamente blanca, para que lo vistieran después de muerto. Antes de salir a la calle a pasear las últimas horas de vida, enchufó las luces navideñas, apagó las de la casa, y en la oscuridad, a tientas, le puso agua a Capitán su perro, para que no lo viera por última vez "los perros saben, pero no saben que saben, porque si supieran que saben dominarían este mundo y el otro"- pensó-. Las calles del pueblo se veían llenas de gente nueva; eran forasteros que habían llegado para la boda del siglo en Macondo; se casaba una pareja donde al novio le tocó esperar muchos años para llevar a la novia al altar. En efecto la boda se llevó a cabo, pero el festejo público no se realizó porque a la novia misteriosamente se la tragó la ventana del baño de la casa cural y se desapareció en lo más profundo de la Ciénega Grande.

Eran las 7:45 de la noche, todas las personas se dirigían a la iglesia; las campanas invitaban al casorio,

- yo, escuché la misa desde afuera de la iglesia. Antes de que el obispo les diera la bendición decidí ir a la plaza a coger un buen puesto y ser uno de los primeros en cenar, para luego irme a quitar el poquito de vida que me quedaba. Antes de llegar a la plaza escuché a lo lejos un aplauso largo, duro, y hondo, dicen que superó los sesenta minutos; no me molesté en tomar el tiempo, solo me dediqué a disfrutar las pocas horas que me quedaban-manifestó a alguien.

Esa noche se dedicó a apreciar la noche, el brillo y el desorden de las estrellas,

- fueron tiradas en el cielo de mala gana- pensaba,

En 102 años no se había detenido a mirarlas.



Transcurridos cuarenta minutos el ambiente se enrareció, los gestos de los transeúntes habían cambiado de estado, Figuración tuvo la leve impresión que el resto de la gente esperaban lo mismo que él: las doce para morir; pero no tardó en comenzar la murmuración de lo ocurrido,

- Yo caminé hasta la ciénaga, allí encontré al hombre que ayudó a la novia a montarse a la embarcación que se la llevó, era un secreto que me llevaba a la tumba.

Me dediqué a vivir las últimas horas de vida. Nunca había sentido, ni disfrutado como rosaba la brisa de diciembre en mi piel. Me llamó poderosamente la atención los gestos de las personas, me embelesé en cada sonrisa vista; llegué a la conclusión que los ojos también saben sonreír.

- y esos, cuando ríen no mienten- se dijo a sí mismo.

Se me olvidó mirar el reloj. A lo lejos escuché música de acordeón y llegué hasta el lugar; era un patio rodeado de árboles de mangos, platanales y limoneros, eran los únicos que festejaban en Macondo, el resto del pueblo se dedicaba a buscarle la esposa al recién casado. Allí cantaron una canción que todo el tiempo oí, pero nunca me detuve a analizar su letra; al escucharla mis ojos llovieron cada palabra cantada:

*“como pasan los tiempos, y solamente queda el recuerdo
Como pasan los años y ni siquiera nos damos cuenta
Cuando el hombre vegeta no es el mismo parrandero
Y aunque tengan dinero las mujeres losdesprecian.*

Entonces pidió a los presentes un trago de ron se lo tomó sin que sus labios tocaran la copa, y bailó solo hasta el amanecer. Bien temprano, con los primeros rayos del sol se dirigió a su casa, el pueblo completo se había puesto de luto, el rostro de la gente ya no era de tragedia, sino de resignación; escuchó a un par de ancianas calentar la noticia: la novia aún no aparece,

- Ni aparecerá – pensó.

Al llegar a casa entró, desconectó las luces navideñas sin que Capitán se diera cuenta, se dirigió a la habitación, sacó el arma de la gaveta, le introdujo la bala, rectificó que quedara en el lugar exacto, montó el gatillo, y disparó, disparó al aire haciendo un grande hueco en el cielo raso; sonrió y exclamó:

- ¡Por fin maduré!

